El color latente de lo íntimo

En las casas vacías entré con linterna a robar tu retrato.
Pablo Neruda. *Soneto XXII*, 1959

Si la pintura es arte y el color es pintura, ¿cuánto de lo fotográfico persiste en el color? ¿Cuánta realidad-impresa-en-la-luz se deja ver en una imagen obsesivamente intervenida con lápices de colores, pastel tiza, betún de Judea o anilina para la ropa? Si la captura instantánea de lo que vemos equivale a foco, profundidad de campo, encuadre y medición de una luz traducida a grises y negros, ¿eso se potencia o se disuelve en las temperaturas, las vibraciones ópticas y el impacto emocional de un azul, un rosa, un naranja? ¿El color estructura la forma o es mero complemento sensual a esa *cosa mentale* que ha sido el arte, de Leonardo hasta hoy?

Estas tensiones han atravesado la obra de Leonora Vicuña desde fines de los setenta, cuando tomó la cámara por primera vez tras dejar sus estudios de antropología en Francia y volver a Chile, de donde se había marchado poco antes del golpe contra Allende. En esos años difíciles la cámara le sirvió para capturar la vida social y los espacios de una ciudad a escala humana, que el paso de la historia arrasaría en las décadas siguientes.

Peluquerías, almacenes de barrio, carnicerías con la vidriera escrita en blanco a brocha gorda. La pared descascarada de una esquina, en Santiago o Valparaíso. La vitrina con maniquíes que sonríen como en el París surreal de Atget. Colectivos de perfiles redondeados y, sobre todo, muchos bares y cafetines: esos rincones de una sociabilidad al paso que con frecuencia serían, para la fotógrafa y su círculo, refugios donde protegerse de los toques de queda que acorralaban la vida nocturna.

Fotografiada en un estricto blanco y negro, la intimidad crepuscular de estos interiores se enciende cuando irrumpe el color: no en forma de añadido, sino integrado a la trama de la imagen, a la que enriquece y complejiza, tensando los límites de lo fotográfico. El color revitaliza detalles –el humo de un cigarrillo, unas botellas atrás de la barra, las luces de un auto en una calle de noche– y vuelve más denso el espesor material de la fotografía, cuestionando la aparente homogeneidad del soporte. También trastoca el tiempo fotográfico: ese que la toma instantánea nos ofrece todo de una vez, pero que las rayitas del lápiz o el trazo de la goma de borrar demoran en el rastro que su mano fue dejando en el papel.

Artista visual y poeta, Vicuña también usa la fotografía para escribir. Posiblemente sus tomas reúnan, en total, menos gente que palabras, entre carteles, marquesinas, pizarras

y vitrinas manuscritas con listas de precios y ofertas del día. Peluquería Favorita, Tinto y blanco “Tío Pillo”, Sólo carnes de primera calidad: cada anuncio presenta en sociedad un modo específico (¿popular?) de habitar el espacio urbano.

Lo azaroso y lo arbitrario de la fotografía retornan, en esos mensajes cortados por el encuadre y en las yuxtaposiciones de carteles. Con frecuencia ella misma repone el texto: a veces, por sustracción, levantando con goma la pátina de betún de Judea que cubre la copia, como en las ofertas pintadas en blanco sobre el cristal, en *Vitrina de carnicería*.

El adentro y el afuera se articulan en todas las imágenes, en una dirección o en otra: también en esos carteles, que hablan a la calle desde ventanas que se traslucen y a la vez, reflejan. El ojo, la lente y la mano de Leonora Vicuña dibujan sus diversas capas en tiempos sucesivos: el de mirar, el de fotografiar, el de imprimir y el de pintar, que vuelven a cada copia un acontecimiento único, tan eterno como irrepetible.

Diego Guerra

Intimidades latentes
Leonora Vicuña

Abril-Mayo 2026

VASARI
Esmeralda 1357. Buenos Aires. Argentina .C1007ABS
(+ 54 11) 4327-0664 | (+ 549 11) 2748-9738
vasari@galeriavasari.com.ar
www.galeriavasari.com